

El Bulevar de las Flores

Por WALFREDO VICENTE

—“¿Rosas?... ¿Margaritas?”.

Y a la inflexión de la voz se suma el gesto amable del vendedor de flores artificiales que trata de hacer efectiva la venta, forzando, con su insinuación, la voluntad y el deseo de la compradora. La escena se repite, minuto tras minuto, en la amplia acera de la calle de Amistad, teniendo por marco la Plaza de la Fraternidad y el histórico Palacio de Aldama. Rosas, margaritas, claveles, orquídeas, pensamientos, diamelas, crisantemos, amapolas, dalias, hortensias, begonias, gladiolos, príncipe negro, J. Armand y ¡hasta coralillo! emergen de sencillos y rústicos tableros, poniendo en el tráfico de uno de los lugares más céntricos de la ciudad, una nota peculiar de belleza y de alegría...

No tiene La Habana, como otras populosas ciudades del mundo, las graciosas floristas, que en cada atardecer, ofrecen por las calles y avenidas, sus flores y sus sonrisas. Tiene La Habana, sin embargo, esta amplísima acera en la que se exhiben flores y más flores, que irán a lucir tolá su pompa y dignidad en los jarrones, en los búgaros o en los floreros de cualquier casa.

Desde las siete de la mañana hasta pasada las seis de la tarde, permanecen estacionados los vendedores de flores artificiales por aquellos contornos, atentos al gesto de admiración de los peatones para proponerles, inmediatamente, una espiga o una flor, ponderando entonces, la perfección y similitud con las naturales, para terminar casi siempre con una frase decisiva:

—¡A real!... ¡a quince centavos!...

Son las rosas y las margaritas las que siempre se ofrecen a la compradora, porque son las flores más finas y llamativas. Pero allí se venden flores de todas las clases y calidades, desde cinco centavos la espiga hasta veinticinco centavos la flor. Y aunque muchas personas piensan que éste es un negocio muy remunerativo, la realidad es que sólo deja pequeñas utilidades que alcanzan, exclusivamente, para subvenir a las necesidades más apremiantes de la vida.

Cada mañana los vendedores se van colocando con sus tableros, por el orden de llegada, sin que medie discusión o disgusto por el puesto que le toque a cada uno. Todos se llevan admirablemente bien; se hacen intercambios de flores y hasta “guardan” sus tableros en una misma casa, por la cuota de tres pesos mensuales.

Diez o doce horas continuas proponiendo flores, con cortésana zalamería, en permanente atención en busca de la presunta parroquiana para no dejarla

escapar, es una tarea impropia que agota las fuerzas físicas a cualquier persona. Y si a esto se agrega que, terminada la jornada callejera, tiene que reemplazar las flores que necesita para el día siguiente, con su propia mano de obra, con su propia mente, se comprenderá fácilmente que el vendedor de flores artificiales —vendedor y fabricante— es un hombre que trabaja casi diecisiete horas diarias para obtener un jornal de un peso y medio o dos pesos.

—“Algunos días nos vamos de aquí sin haber vendido nada”, nos informan.

La mayoría son padres de familias que impulsados por nobles ambiciones, abandonaron el terruño para “conquistar La Habana”, sin otros recursos que su afán de trabajar. La necesidad de solucionar, rápidamente, su subsistencia, los obligó a aguzar el entendimiento y a enrolarse en actividades caseras de este tipo.

—El trabajo es duro, aunque no lo parezca, dicen. Muchas personas piensan que ésta es una labor propia de mujeres y no de hombres. Mas, hacer flores es una tarea fuerte en la que “trabajan mucho los pulmones, la vista y los brazos” (sic... Además, se requieren ciertos conocimientos, destreza, experiencia e “ingenio”... ¡Sí!... Porque no vaya usted a creer que esos matices están hechos ni que hay de esos tintes en el mercado... Todo eso lo hemos tenido que inventar nosotros, mezclando, combinando, probando, hasta conseguir el matiz deseado... Algunos de nosotros hemos gastado hasta 15 pesos en colorantes, tintes y papel, para lograr un color o un matiz determinado...

En las palabras de todos estos vendedores de flores artificiales hay un tono de lucha, de ansiedad, de victoria.

—EL MUNDO nos va a prestar un gran servicio dando a conocer una industria nacional que no tiene rival en ningún otro país del mundo. Porque ha de saber usted que hemos creado una técnica especial para fabricar estas flores, dándole la forma, los colores y matices especiales que tienen las naturales... ¡Todo eso es creación nuestra!...

Y con un orgullo que es una explosión de cubanía, extienden la vista sobre los tableros; después cojen algunas flores y aseveran:

—“¡Mire esta rosa!”...

—“¡Observe esos tulipanes!”...

—“¡Compare esas callas!”...

Y tomando de las manos de otro vendedor que ha llegado precipitadamente unas flores, insisten:

—“¡Vea ésto!... coralillo!”

—Perfectas, exclamo yo admirando la belleza y perfección de todas aquellas flores.

x x x

La mayor venta se verifica

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

entre las 10 y las 11 de la mañana y entre las 4 y 6 de la tarde, mejorando mucho los viernes y sábados. El mes de mayor venta es Diciembre, porque en todas las casas se renuevan las flores para el Año Nuevo; alza ésta que también se experimenta en el mes de Mayo, con motivo del "Día de las Madres" y en las festividades de algún santo fuerte, como San Lázaro, la Caridad, etc.

Los meses comprendidos entre Enero y Abril y entre Junio y Noviembre, los llaman "tiempo muerto"; porque la venta es muy poca y las utilidades solamente alcanzan para "ir sosteniendo a la familia".

—"Una vez —me cuentan— debido a una gran congestión de tableros, nos desalojaron de aquí... Nos colocamos, entonces, en aquella acera de la Plaza de la Fraternidad, perdiendo este lugar su vistosidad... El público cruzó la calle, formalizando el paseo por aquel lugar.

—"Esto es una gran atracción, agrega otro. Aquí vienen los turistas a tomar fotografías y películas, pasándose las horas contemplando las flores... Créame usted que la gran afluencia de público por esta acera se debe, únicamente, a las flores"...

x x x

Unas ochocientas familias viven actualmente de la fabricación de flores artificiales de papel, que venden directamente al público, o suministran a las tiendas, quincallas y demás establecimientos comerciales.

Una de las primeras familias que se dedicaron a fabricar flores artificiales matizadas fué la de la señora Lutgarda Hernández. En un modesto departamento de la calle de Salud tiene su pequeño tallerito.

—"Nosotras hacemos de todas clases de flores, —dice— y de eso vivimos. ¡Aquí, todo el dinero que entra es producto de las flores!"...

X mientras su hijo Alberto se estaciona diariamente en el **Bulevard de las Flores**" (1) ella,

con sus dos hijas, cortan pétalos y hojas; enceran; forran alambres; matizan los pétalos y arman las flores.

—"Yo fabriqué muchas flores para exportarlas a los Estados Unidos: allí tienen una extraordinaria demanda. Pero tuve que deshacer el negocio cuando sobrevino la guerra a causa de la mala calidad del papel".

Ella vende también sus flores para distintos lugares de la Isla, principalmente para Sagua y, además de flores de papel, fabrican flores de tela, para vestidos; de porcelana; pintadas al óleo, etc.

Y como allí, en varios centenares de hogares se afanan por lograr una notable perfección en su trabajo, preocupándose por obtener nuevos mercados.

El comercio de flores artificiales matizadas comenzó hace

unos veinte años, controlado por un par de familias, cuyos secretos y técnicas, fueron violentados por la agudeza de ingenio de aquellas personas que necesitaban, igualmente, ganar el pan de cada día, constituyendo, hoy por hoy, una verdadera industria casera, de variadas técnicas.

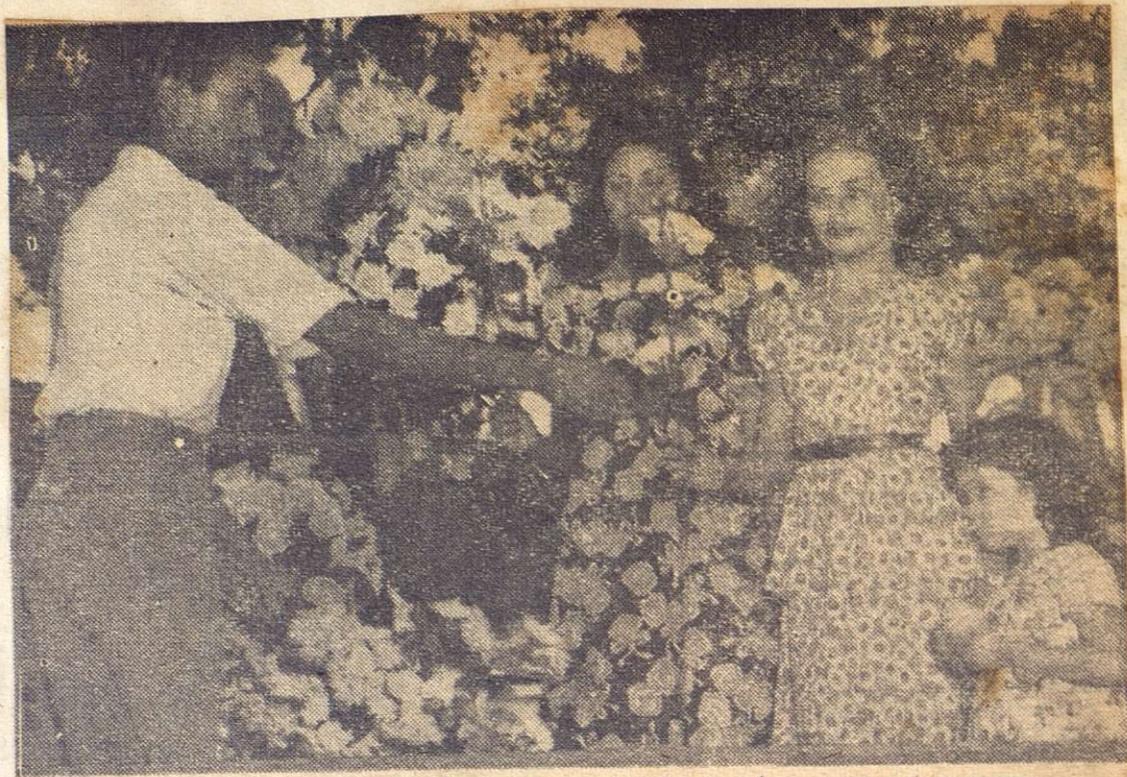
x x x

La ciudad se va envolviendo en luces y sombras. Por el **"Bulevard de las Flores"** hay un desfile, casi interminable de mujeres y de hombres. Y allí están los simétricos tableros exhibiendo las flores que han robado todo a la Naturaleza: forma, color, matiz... ¡todo!... menos sus delicados perfumes.

(1) Boulevard, en francés. Voz Castellanzada por el Diccionario Magnús, de Editorial Sopena, Argentina.

M, Nov 14/48





—¡A real!... ¡a quince centavos...!

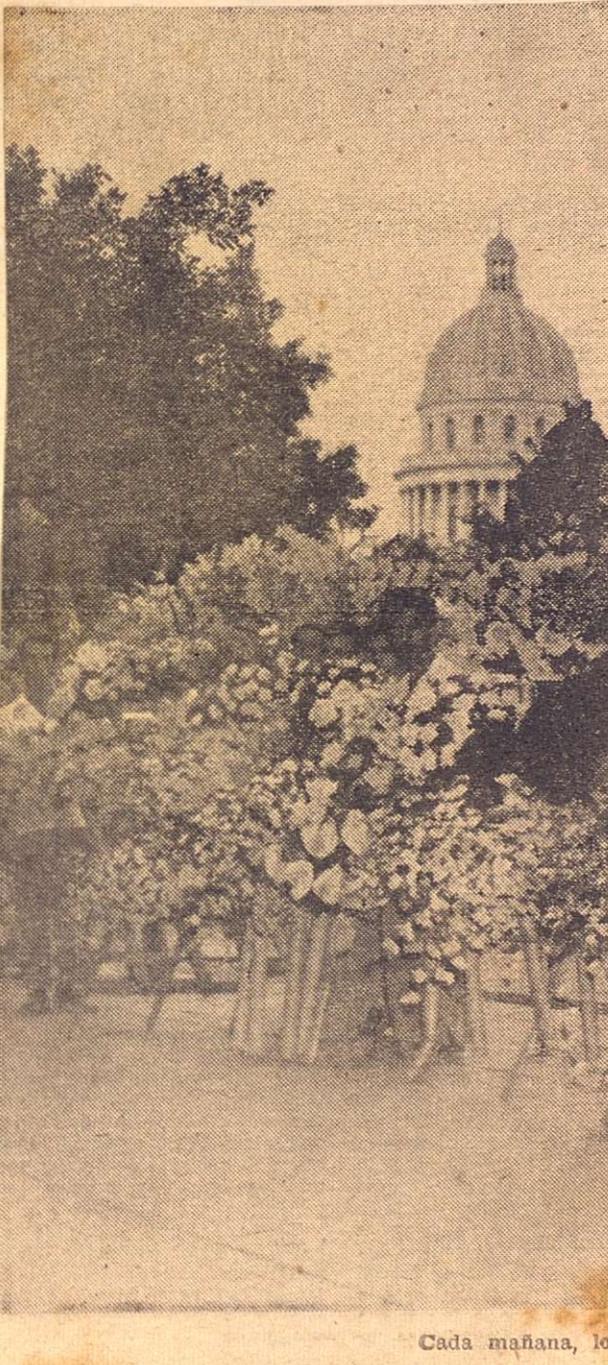


...cortan pétalos, enceran, forran alambres...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE HABANA



rante ocho años, 50,000 nativos de Garhwal vivieron en un estado de terror —verdadero terror— al fracasar todos los esfuerzos por dar muerte al devorador de hombres. Ningún toque de queda fué cumplido más estrictamente que el impuesto por el leopardo devorador de hombres.

Al acercarse cada puesta de sol, la conducta de la población sufría una súbita transformación. Los hombres que recorrieran los bazares corrían presurosos a sus casas; mujeres con grandes bultos de yerba bajaban dando traspiés por las laderas de la montaña; los niños que demoraban en regresar con sus ganados eran llamados angustiosamente por sus madres.

Con la noche, un ominoso silencio se extendía por todo el área: ni un movimiento, ni un sonido en parte alguna. Todo el mundo estaba detrás de puertas bien atrancadas: en muchos casos, para mayor protección, con puertas adicionales añadidas a las corrientes. Ya en la casa ya en refugios, todos callaban, por miedo de atraer al devorador de hombres. Esto es lo que significaba el terror para los habitantes de Garhwal.

Este leopardo se convirtió en un devorador de hombres de la manera más sencilla. Los hindúes creman a sus muertos en las márgenes de un río para que las cenizas sean arrastradas al Ganges y al mar. En tiempos normales, estos ritos se llevan a cabo con efectividad; pero cuando las epidemias y la enfermedad barren el país, la gente muere más deprisa de lo que pueden ser quemadas. Durante estos periodos, en vez de la cremación se le coloca un carbón encendido en la boca al difunto como símbolo y el cuerpo es llevado al borde de la colina más cercana y arrojado al valle.

Este leopardo, que vivía en una región en que escaseaba su alimento natural, pronto adquirió gusto por la carne humana. Cuando la epidemia amainó y se mejoraron las condiciones naturales, como es muy natural, descubrieron que le habían cortado el suministro de comida.

llamada, salió corriendo y atrancó la puerta.

—¿De qué me has arriesgado la vida para que yo vea un cadáver?— preguntó.

El leopardo había aterrorizado a la infortunada mujer que se encontraba en el largo de la alameda. Él le había dado muerte y se había sentado en la loma abajo. Allí se había comido el humano manjar y allí se habían quedado los lamentables restos, incluido el niño que iba a nacer en unos días.

A pesar de la repentina desaparición del devorador de hombres, no regresó junto a la víctima, decidió quedarse allí aquella noche. Con las manos del cadáver de la víctima, él se sentó en un árbol pequeño que crecía en una grieta, como a cuatro pies del suelo. Allí decidió esperar. Tanto el leopardo como el hombre (despojados de ropas) se sentaron en la oscuridad. Él tenía una idea de la distancia que debía disparar, y él tenía una laja blanca como a cuatro pies del cadáver.

Sentado como estaba, él sabía que el leopardo no me iba a haber subido del árbol: él podía hacer lo que él quería.

Como predijo, él se movió aquella noche, pero no tuvo suerte. —O más bien, tuvo mala suerte del pueblo de Garhwal porque apenas hubo un día cuando se produjo un pago seguido de un terremoto que comenzó el diluvio, él se movió a la barranca; pero cuando se produjo el pago, él se movió de nuevo. Después, la paja se cayó de mi asiento, estaba cubierta de araña. El leopardo se movió; mientras yo me moví, él se apostó bajo una lluvia torrencial, él yacía cómodo en mis pies.

Pronto cesó la lluvia y él se movió. Él me vió oscurecerse y él se movió. Él me vió el sonido que hacía al deglutir. El devorador de hombres había tomado una posición para evitar un charco de agua que había en la colina y, al hacerlo, había me avisado.

Al cabo de 10 minutos más o menos, la laja

Cada mañana, los vendedores de provisionamiento de comida



Cada mañana, los vendedores se van colocando con sus tableros, por orden de llegada.



Rosas, margaritas, claveles, orquideas, pensamientos



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

6



YA entrada la tarde de un día de verano de 1921, una banda de peregrinos hindúes llegó a la aldea de Golabrai, en la provincia de Garhwal, India. Fatigados y con los pies sangrantes pidieron que los dejaran pasar la noche en el albergue de peregrinos, a cargo del pundit (u hombre sabio) local.

A causa de los informes de que había en la vecindad un leopardo devorador de hombres, el pundit trató de persuadirlos a que continuaran dos millas más, hasta Rudraprayag, donde encontrarían alojamiento seguro. Se negaron a hacerlo, por lo que el pundit les dió albergue.

Después que el pundit y sus 10 inesperados huéspedes hubieron terminado su comida de la tarde, se encerraron en la única habitación de que disponían. No había ventilación y el calor era sofocante, por la cual, temiendo asfixiarse, el pundit salió a la galería exterior, reclinándose con una mano en cada uno de los pilares, que sostenían el techo.

Al llenar sus pulmones del aire fresco de la noche, su garganta fué presa como de una tenaza. Sin soltar los pilares, apoyó las plantas de los pies contra el cuerpo de su agresor y con un desesperado empujón dado con ambos pies arrancó su garganta a los dientes del animal y lo lanzó escalones abajo. ¡Había sido atacado por el leopardo devorador de hombres!

Temiendo desmayarse, dió un paso hacia un lado y se apoyó con ambas manos en la barandilla de la galería. Al hacerlo, el leopardo volvió a saltar sobre él y sepultó sus garras en el antebrazo izquierdo del pundit.

El peso del animal hizo que las agudas garras rasgasen el brazo del pundit hasta salir por la muñeca. Antes de que el leopardo pudiera saltar otra vez, los peregrinos, oyendo el sonido aterrador que hacía el pundit al tratar de respirar por la herida abierta en su garganta, lo arrastraron a la habitación y cerraron la puerta. Durante el resto de la larga y cálida noche el pundit yacía jadeante y sangrando profusamente, mientras el leopardo gruñía y clavaba sus garras en la frágil puerta y los peregrinos chillaban.

Después de seis meses en un

te a seres humanos.

Fué en 1925, cuando sido muertos más de ciertos que tuve noticias ciertas de aquella bestia y me corrió a darle muerte.

El rastreo, localización y secución de los leopardos de ser excitante e interesante suele ser relativamente fácil. Los leopardos tienen las patas fuertes y se mantienen siempre alerta en los trillos y senderos de caza; no son difíciles de calzar, pues prácticamente todas las aves y animales de la jungla ayudan al cazador fáciles de ojear porque cuando poseen una vista aguda penetrante, no tienen un profundo sentido del olfato.

Mi problema era el de encontrar a un leopardo particular en unas millas cuadradas de espesura y terreno montañoso, recorriéndolo entre unos 50 kilómetros de la misma especie en la región.

Este leopardo particular resultó ser un macho de tamaño mayor que el corriente, ya que entrado en años, pero todavía fué muy fuerte. En una ocasión el devorador de hombres se acercó a una joven que pesaba unos 100 libras, andando varios cientos de yardas por un camino estrecho, sosteniéndola tan firme que no dejó huella de mano en la tierra. Durante su huída tomó un declive de 12 pies y la muchacha en la boca. Si yo no hubiera sabido que cayó en el declive sin dejar que ninguna parte del cuerpo de la joven tocara el suelo.

Por ser raros los leopardos devoradores de hombres, yo sabía poco acerca de ellos. Decidí usar el mismo método que empleaban los cazadores de leopardos corrientes. El método común es apostarse a esperar ya sobre una carnada muerta en la forma de un cerdo o carnero. Como que aquí yo era un peregrino, me fue más conveniente impedir más pérdidas de vida humana, no tenía intención de que ocurriese otra muerte humana.

Pero, al día siguiente oí un hombre muy agitado presuroso en mi bungalow diciendo que una mujer había sido muerta la noche antes. Iba de la comida de la tarde, recogido los platos de la



Una de las primeras familias que se dedicaron a fabricar flores artificiales...